

**JOSE MONLEON**

# || MISERICORDIA || RENOVADA POLEMICA SOBRE GALDOS

Al fin, el María Guerrero, después de varios meses de languidez, ha vuelto a poner en escena un espectáculo que interesa al público, a pesar de los recortes que el texto ha sufrido antes y aun después del estreno. Se trata de la adaptación que Alfredo Mañas («La feria de Cuernicabra», «Historia de los Tarantos») ha hecho de la novela «Misericordia», de Galdós. Una adaptación inteligente, nada rutinaria y llena de ▶







elementos corales que dan al espectáculo un corte, por ejemplo, infinitamente más actual y más fresco que el propio teatro de Galdós.

¿Qué es «Misericordia»? La asociación con «Luces de bohemia», quizá reforzada por el hecho de que la obra de Valle se encuentra también en cartel, resulta inevitable. Cosa que —mediación de Mañas aparte— no dejaría de sorprender si lo leyera don Ramón, enemigo declarado de don Benito el «garbancero». Pero lo cierto es que desde entonces acá se han endulzado tanto las cosas y la estampa del «desarrollo» resulta tan abrumadoramente triunfalista, que los mendigos de Valle y los de Pérez Galdós parecen salidos de la misma habitación cerrada de España. ¿Cosas del pasado? ¿Misericordias de otra época? ¡Vaya usted a saber! Aunque algo debe andar raro cuando el texto del propio Galdós tiene problemas para subir íntegro al escenario.

Y es que, en definitiva, y de ahí el valor e interés de los textos que comentamos, determinados aspectos de la sociedad pueden haberse modificado, pero muchas de las observaciones de aquellos sobre el fondo ético de la vida española siguen vigentes. ¿Qué tradición histórico-literaria, desde los amos del Lazarillo a ciertos personajes benaventinos, no se nos viene encima con los banquetes simulados de Doña Frasquita, una señora muerta de hambre que paladea los platos inexistentes que va describiéndola la criada? Porque, claro está, Doña Frasquita tiene criada, y cuando, al final, las cosas la van bien y puede vestirse toda la familia como los personajes del antiguo «Blanco y Negro», a la criada, Benina, la conducen a la Casa de la Misericordia, a donde entra acompañando a Almudena, un hebreo por-

diósero con quien la suponen amancebada.

Ningún naturalismo «garbancero» en el espectáculo. Mañas habla en su autocrítica de teatro de ceremonia y crueldad. ¿Y por qué no también de teatro épico? Porque, por más que los actores quieran identificarse con los personajes protagonistas, las constantes rupturas musicales, la presencia de los coros de mendigos, la discontinuidad de la acción y el mismo carácter abstracto de la excelente, por funcional y expresivamente dura, escenografía de Manuel Mampaso, contribuyen inevitablemente a hacer de esta «Misericordia» una especie de fresco sobre el envés de todos nuestros triunfalismos. Teatro, pues, desde esta perspectiva, narrativo, histórico, capaz de desconcertar a los que todavía van al teatro en busca de una pequeña historia comes-

tible. ¡Cualquiera se come a Benina y a Almudena, los pordioseros decentes y machacados de este drama!

## PUBLICO

Por lo demás, según se repite cada vez más en las críticas teatrales, no tiene mucho sentido considerar los textos al margen del público que los recibe. Y digo esto porque lo único que yo echaría en cara a este espectáculo es cierta blandura, el carácter un tanto decorativo y hasta sonriente que, a veces, disimula su ferocidad. Quizá sea, simplemente, que José Luis Alonso quiera avanzar por el filo de la tragicomedia y que el público se ría y se sobrecoja a un tiempo. En todo caso, yo soy de los que, cuando se plantea un tema como el de «Misericordia»,

siempre temen que el chiste —¡oh, nuestros chistes liberadores!—, el efecto superficial, puedan enturbiar la comprensión y la reflexión del drama.

Pues bien, a lo largo de la representación de «Misericordia», y a medida que la historia va haciéndose «cerrada», siempre hay algunos espectadores que deciden abandonar la butaca y cruzar solemnemente el pasillo que conduce a la salida. Otros no lo hacen, pero reaccionan entre sorprendidos y molestos por los aplausos y los bravos del amplio sector que sí acepta la obra. Ese sector, en fin, que está reclamando un teatro español enraizado en la vida española y que, pese al tiempo transcurrido, a los innumerables matices agregados por el tiempo posgaldosiano, encuentra en «Misericordia» una libertad, un paisaje urbano, unos personajes y la fustigación de una hipocresía totalmente reconocible.

Los estudiosos, libro en mano, con los ojos puestos en los calendarios, podrán decir, como dijeron al estrenarse «Luces de bohemia», que son obras del pasado. En algunos aspectos lo son, desde luego, pero si convocan a los públicos y les hacen tomar partido es porque también gravitan sobre el tiempo presente. ¿Cómo entenderlo en otro caso?

Lo que pasa es que son autores adscritos a una concepción del teatro español totalmente opuesta a la de quienes suelen estrenar hoy día regularmente.

## CLERICALISMO

Viendo este espectáculo y relacionándolo con las polémicas que ha suscitado, me acordaba yo de la casa de Galdós en Las Palmas, donde con tanto cariño se con-

Mañas habla en su autocrítica de teatro de ceremonia y crueldad. ¿Y por qué no también de teatro épico?





El tono de «equipo» es una característica de esta «Misericordia» y, justo es decirlo, una nota positiva cada vez más frecuente en los espectáculos teatrales.



servan sus muebles, sus libros y muchos de sus objetos personales. Hay allí, entre los mil recortes de prensa, testimonios innumerables e inapreciables para el análisis de eso que se ha llamado el «clericalismo» español. Creo que «Misericordia» —en una época en que el clero más avanzado de Portugal aceptó, por ejemplo, una versión de «La reliquia», sátira despiadada de toda la beatería y las supervivencias del fetichismo— es una buena ocasión para reavivar el debate y aclarar hasta qué punto en el tradicional concepto del anticlericalismo existe una carga sociológica mucho antes que religiosa. En último extremo, por paradójico que parezca a

primera vista, en «anticlericalismo» como este de «Misericordia» más bien podría decirse que existe una defensa de la moral católica frente al comportamiento de ciertos sectores católicos. El que los clérigos anden en el problema y el que la crítica hecha a estos sectores acabe comportando cierto «anticlericalismo» es un problema que debe afrontarse sin invocar respetos impropios. Las cosas claras: decir, como dice Galdós en esta obra, que no es justo que un personaje como Benina acabe en una Casa de Misericordia, no debiera molestar a nadie. A menos —y aquí descubriríamos una de las claves críticas del dra-

ma— que lo que Galdós ponga en cuestión sea el mismo concepto usual de misericordia. Es decir, de limosna.

Es a través de esta puerta por donde el análisis de Galdós deja de ser anecdótico o melodramático para convertirse en una requisitoria contra la sociedad española. ¿No es cierto, por otra parte, que aun hoy muchas personas darían la razón a este reverendo Don Romualdo que confina a la vieja criada y a su ciego compañero a la Casa de Misericordia? ¿Qué oscura relación surge entonces entre Misericordia y Castigo? ¿Y no es esta una contradicción radical, reflejada en tantas instituciones y

ordenanzas sociales? ¿Será por aquí por donde, más allá de la anecdótica intervención de Don Romualdo, se filtre la idea de anticlericalismo?

El debate, como se ve, es mucho más importante de lo que la identificación del «anticlericalismo» con burdos chistes contra curas hace suponer. Es la sociedad española y su interpretación de la religión católica lo que se pone sobre el tapete. Y llegados a este punto, el comportamiento del clérigo aparece, en un orden puramente socioeconómico, como el testimonio de la función temporal de la religión.

Este es el punto.

## EL ESPECTACULO

Digamos, pues, que estamos ante un buen espectáculo. ¿Qué sentido tendría reprocharle cierta blandura, si ha sido recortado y todavía hay quien cree que es «muy fuerte»? En este punto, uno sólo puede decir que quisiera un teatro más abierto y más preciso, venga de donde viniera. Porque, ¿no han vuelto a perder la batalla todos los antigaldosianos si la tolerancia liberal de Galdós ha seguido sin prevalecer?

El tema es muy importante y debe ser manejado sin ninguna crispación. El espectáculo de José Luis Alonso está, por fortuna, ya por talento, a la altura de las circunstancias, empleando un numerosísimo reparto, en el que los «primeros» actores y el coro tienen el mismo valor y la misma consistencia. El tono de «equipo» es, en fin, una característica de esta «Misericordia» y, justo es decirlo, una nota positiva cada vez más frecuente en los espectáculos teatrales españoles.